

Anagramas

—Tranquila, es normal oír golpes por aquí, es un barrio peligroso. Tú pégate bien a mí y no te pasará nada —dijo, exhibiendo su dorada sonrisa—. Como te decía, soy un tío ambicioso. Si quiero algo, lo persigo hasta conseguirlo, ¿sabes? Suena bien pero por culpa de eso me han trincado más de una vez —abrió la verja oxidada que teníamos delante y me dio paso a una vieja chabola. Olía a excrementos revenidos. Dentro había cuatro hombres, sentados en un largo sofá mugriento, mirando una televisión de cubo. No se inmutaron al oírnos entrar—. ¡Mirad quién está aquí chavales, portaos bien que van a escribir sobre nosotros! —los cuatro hombres, esta vez sí, nos miraron—. Deja que te presente a los chicos. Aquel de allí es el Rata. Le llamamos así, porque un día, mientras le daban una paliza, le tiraron al suelo y al tío lo único que se le ocurrió fue acercarse al pavo que le estaba zurrando y olerle los pies. Logró incomodarle tanto que le dejó en paz. Es un tío rarísimo, no te acerques mucho a él —el Rata dirigió sus ojos azules hacia mí, y asintió ligeramente. Ciertamente era un tío rarísimo—. El grandullón de una sola ceja es Brad. Antes le llamábamos el Ogro, pero hace unos años se lo cambiamos. Huyendo de la policía, el muy gil reposó en un motel que estaba en la misma zona en la que le perseguían. Allí conoció a una piba y se enamoraron locamente. Por supuesto, a mitad de noche, la policía le detuvo y acabó chupando unos años en la trena. La chica del motel le dijo que le esperaría fuera y le fue a visitar muchas veces a la cárcel. La cosa es que estando preso, el Ogro ligó con otra tía y, parece ser que, cuando salió de la cárcel a ninguna le importó que estuviera liado con la otra. A día de hoy, ninguno entendemos cómo es posible, pero el tío volvió de la cárcel con dos novias.

Nos pidió que empezáramos a llamarle Brad Pit y a todos nos pareció un mote acertadísimo. Además, dicen las malas lenguas que al último que le llamó Ogro le arrancó la piel. Ogros ya tenemos muchos por esta zona así que nos pareció genial cambiarle el mote —el Ogro se aplastó el pelo hacia un lado y se acercó para saludarme dándome dos besos. Intenté zafarme, utilizando como excusa el mal estado de salud que tenía en ese momento, pero no funcionó—. ¡No te preocupes! Mientras sea solo gripe... Nadie de aquí está limpio, ¿sabes? —finalmente, me señaló a un chico menudo, de pelo moreno y con barba de tres días. Llevaba un chándal ochentero azul y verde de dos piezas—. Ese es el Charlatán y siempre va acompañado de sus dos colegas —señaló a la mesa, donde había apoyada una llave inglesa y un puño americano manchado de sangre—. La inglesa es *Prologise*, porque es con la que abre las conversaciones. El de la derecha es el Sr. Epílogo, porque es con el que las cierra. O al menos así es como los presenta él —se rieron y tras esto, les hice algunas preguntas. Eran unos auténticos zoquetes—.